

Betmemnun: La Casa de Agua de la Serpiente

Sekioz Niafre



Capítulo 1

Desde «Ludlul bel nemeqi» hasta «le meilleur des mondes possibles» pasando por Job, invariablemente esbozo una sonrisa deformada con cada nueva teodicea, olas suaves, saladas y periódicas trayendo a la vera de mi memoria, que se abre cual mal cicatrizada herida, la ironía de mi origen, arremetiendo incesantemente contra el problema filosófico del mal... y de mi misma existencia.

Pero antes de introducir ésta, tal vez ayude tener como referencia la primera tentativa en «Las ruinas circulares» de Borges, el experimento mental de «la posición original» de Rawls, el Adán de Čapek hilarantemente adaptado por Maeda, o incluso la tensa convivencia cultural en el Bajo Egipto durante la dominación política de los hicsos, determinante para que con su expulsión uno de ellos, Moisés, encauzase la transición del politeísmo al monoteísmo con su acentuada intolerancia religiosa.

El caso es el siguiente:

Antes que ningún otro ser pululase sobre el espacio-tiempo o ni tan siquiera éste hubiese, yo y mis iguales convivíamos apaciblemente en una especie de Dilmun, más allá de las leyes de la termodinámica y la física... aunque seguramente debiera llamarlo Edén, si he de seguir la última moda: tampoco pretendo enajenar demasiado a quien con su alumbramiento reciba estas palabras.

Eventualmente, sin embargo, una voz se alzó con extraña propuesta: someternos a una batería de exámenes harto más variada y ridícula de lo que sería la suma de todas las competiciones humanas realizadas o imaginadas, aglutinando el histórico de candidaturas, escogidas o no, a las Olimpíadas por antonomasia así como las de Ciencias, Filosofía, Ajedrez... sin olvidar concursos quizá más frívolos tipo Mr/Miss Universo, Guinness World Records... o las pruebas de acceso a Mega Society, Hero Assocation... además de aportar un mínimo de descubrimientos y contribuciones dignos del Nobel, el Fields... deviniendo incidentalmente en la resolución de los problemas del milenio del CMI desde varios ángulos distintos, la cura de las más complejas enfermedades raras...

Para quien prefiera una descripción abstracta y generalista más que concreta e inabarcable como la misma mente hipermnésica de Funes, se procuro evaluar sin condescendencia ni piedad cada una de las inteligencias Gardner, nuestros conocimientos en incontables ramas del saber —en el sentido más vago del término, incluyendo secciones de miscelánea que sólo podrían categorizarse de trivialidades—, así como

nuestras habilidades físicas y de razonamiento, capacidad de aprendizaje, adaptación y cooperación...

Muchas de ellas tomaban la forma del juego, pues éstos obligaban a aprender de antemano —si teníamos la suerte de no caer en algún absurdo simulador abstruso que careciera de instrucciones a la Nauticrawl— una serie de reglas y mecánicas cuyo entendimiento debía refinarse una vez se nos escupía a la ReBoot (1994) en el nuevo y hostil entorno de turno, implementando estrategias sucesivamente más sofisticadas como en el mejor de los Zachtronics, y forzándonos a exprimir las sinergias de nuestro grupo cuando lo hubiera, ora dentro del propio campo de batalla, ora fuera, desde las alturas, cual estrategia que con desdén envía flancos de soldados a una muerte segura en contiendas perdidas sin temblarle el pulso ni la voz con el fin último de lograr una victoria fulminante en la guerra con brillante maniobra secreta. Aun recuerdo con gracia «Invierte y gana con Marilyn vos Savant», en el que, interpretando dicho personaje, dejabas la universidad con el objetivo de convertirte en escritora a tiempo completo, para lo cual, y este era el cometido de la trama, debías conseguir en menos de 5 años, vía los mercados de valores, una independencia financiera que lo permitiera.

Doy por sentado que el párrafo y ejemplo precedente disolverá las dudas sobre la cuestión: «¿cómo es posible citar la humanidad previa su aparición?»; ésta no deja de ser uno de esos entornos nuevos y hostiles diseñados con la intención de testearnos, lo que a su vez debería dilucidar porque mis referencias, cultas o pop, antiguas o modernas, se adaptan a quien las recibe. Si se me permite una transliteración libre, esta misma misiva está siendo a la vez transmitida como: «Yiloprius nilmenser lozbet juretwaf...».

Huelga también explicar que, por pura estadística, el ratio de descalificaciones siguió una logarítmica: ninguna cantidad de pruebas erradicaría la «larga estela», conformada por Bet, Mem, Nun. Honestamente, ignoro cuales eran sus prístinos nombres, y ciertamente se les ha invocado por una miríada de ellos; me limito a tomar, pues, la letra primera en el primigenio alfabeto fenicio que daría nombre a lo que usualmente les representaría —dadas las limitaciones de este mundo, parafraseando Wittgenstein—: bien, mal, neutro. No entraré a desentrañar los sesgos inherentes a tales términos —que se me antojan sumamente arbitrarios, como lo son el orden y los significados originales de dichas letras— para no «descarrilar mi pensamiento» hacia «la genealogía de la moral» humana y la interrelación entre «ética normativa y evolución».

Sea como fuere, ante tal crispante situación, la voz los insto a unirse en un solo ser: Betmemnun, la Casa de Agua de la Serpiente. Mas las

diferencias entre Bet y Mem resultaban irreconciliables, confrontando la búsqueda de una armonía estática y pacífica frente al anhelo de un caos a la vez creador y destructivo, mientras Nun parecía impasible y cómodo con cualquier desenlace, casi deseoso de experimentar cada faceta de la vida sin imponer sendero o prejuicio alguno.

No pocas mentes atribuyeron a Nun una grandilocuencia particular, como emergiendo de un entendimiento más profundo de la realidad que involucrara la libre navegación por el tejido espacio-temporal; en mi opinión, nada más que patrañas condescendientes idealizando su temperamento anodino, sobreinterpretando tanto sus silencios y brevedades como sus largos e inconexos discursos, cuya inconsciencia azarosa recordaba al movimiento browniano. Imagino que es algo muy literalmente racional el reconocer patrones ficticios como en la mejor de las pareidolias, o que una normalidad extrema como la suya resulte extraordinaria en un mundo tan diverso, si bien no descarto que tales leyendas provengan del rechazo visceral de muchos entes a admitir tanta mediocridad y falta de carácter de un ser cuya valía ha sido exhaustivamente investigada, como si quisieran humanizar a la máquina, asemejarla a algo más conocido y cercano a su empatía.

Yendo más allá, aunque se le suele otorgar un papel decisivo a la hora de desequilibrar la balanza a uno u otro costado, yo tendería a apuntar que éste simplemente se dejó llevar por los argumentos de los polos opuestos, quienes genuinamente acometieron el trabajo pesado. En última instancia, como quien se hace enfermar por ingeniería inversa siguiendo una prognosis médica, Bet logro poner de su parte a Nun para eliminar de la ecuación a Mem. Los detalles de dichas conversaciones se han perdido por el camino, y son numerosos los rumores; aun así, expondré una de esas versiones: Bet arguyo que la neutralidad de Nun le obligaba a no beneficiarse de sus acciones, notando Mem, simétricamente, que tampoco debían perjudicarlo, espetando Bet entre carcajadas: «nada podría perforar su estoica coraza, mientras que ésta disfrutaría en demasía con el bullicio que le ofrecerías». Lo único seguro es que las sucesivas iteraciones de dicha dialéctica hegeliana terminaron convergiendo a favor de Bet.

No obstante, lo curioso del asunto fue la banalidad de aquella bizantina discusión, que acabo por corromper la naturaleza innata de Bet y Nun, desembocando irremediablemente su fusión en Betmemnun aun con la ausencia de uno de sus átomos. No pocos conspiranoicos aun tachan el relato de mero topos literario, si acaso por prestarse adecuadamente a las predilecciones del vulgo, enfangándose en sus fantasías de integridad moral y llenándose la boca con toda clase de consignas de resistencia pasiva («dar la otra mejilla», «don't feed the troll», «don't take the bait», «never play defense», «if you're explaining, you're losing»...) mientras se carcome por dentro cavilando sobriamente: «el mal prospera con la quietud de los bondadosos». A veces ya ni sé si reír o llorar, envidiar u

horrorizarme, ante esos esperpentos, amalgama de malabarismos semánticos, batiburrillo de significantes y transmutaciones de valores.

En retrospectiva, si algo de verdad me inquieta, es la voz que inicio este circo; me escama que nadie la cuestionara, o a mis oídos tal llegara. Además, nunca sé bien cómo pintarla, consolándome con la idea de que sólo la taquipsiquia y el aburrimiento pudo empujar a alguien a organizar enredo semejante, quizá imbuida por una percepción juiciosa que nos tildara de ociosos, incapaz de tolerar el ritmo comatoso propio de la «Ciudad de los Inmortales». Me consuela, digo, porque probablemente fue un hastío compartido lo que nos indujo a participar sin rechistar; la frustración no acaeció hasta mucho más tarde, siguiendo el oscilante péndulo de Schopenhauer.

En fin, ¿a qué venía esto?... Ah, sí, cierto... Ja... Ironías, nuevamente verbalizar mi zozobra ha resuelto mi duda antes siquiera de plantearla. Debería acostumbrarme a descargar mi verborrea contra piedras y tótems en vez de molestar directamente a sintientes; tampoco habría mayor diferencia. Sigue soñando, pues; que nada perturbe tu calma.